

Hijos de Dios

1 Juan 3,2; Mateo 25,40; Filipenses 3,21; Romanos 8,16-18

Como **hijos de Dios** tenemos un futuro glorioso porque Dios en su bondad y generosidad quiere compartir su amor y su vida con nosotros. Una vez más, en nuestra segunda lectura, Juan escribió: “desde ahora somos hijos de Dios, y lo que seremos no se ha manifestado todavía. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es” (1 Juan 3,2). Hay una brecha entre esta vida y la siguiente. Una oruga nunca podría decir lo hermosa que se vería convertida en mariposa con unas hermosas alas. El bebé no nacido nunca podría entender qué brecha hay entre la vida en el útero y la vida en el mundo. ¿Cómo podría una bellota reconocerse en el roble? Así que, en esta Eucaristía, así como cuando oramos por __, también podemos dar las gracias a Dios por ese glorioso futuro que ahora comienza a disfrutar.

Nadie sabe qué tipo de cuerpo tendremos en el cielo, excepto que será mucho mejor que lo que tenemos ahora. Una vez más, en nuestra segunda lectura, Pablo dijo, el Señor Jesús transformará nuestro pobre cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso (Filipenses 3,21). Lo que Juan esté experimentando ahora, es mejor que aquí. En caso de que haya algo en su vida que todavía necesite ser purificado, oramos por él durante esta Misa. Pedimos a Dios que lo recompense por su bondad y lo transfigure para disfrutar de su verdadera patria.

Al orar por __ hoy también me gustaría recordarlo/la como un hijo o hija de Dios. No pensamos con la suficiente frecuencia los unos de los otros como hijos de Dios. En nuestro viaje por la vida, muchos pueden abatirnos, faltarnos el respeto o aprovecharse de nosotros, y cada vez que eso sucede, nuestra opinión de la humanidad se ve afectada. No importa lo que otros nos hagan, nunca debemos olvidar nuestro llamado más hermoso, nuestro llamado como hijos e hijas de Dios que recibimos el día que fuimos bautizados. Otros pueden juzgarnos equivocadamente, pero el juicio de Dios sobre nosotros es que somos sus hijos e hijas. Una vez más recordamos las palabras de Jesús en nuestro Evangelio, “Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mateo 25,40). Así que, mientras llevamos a cabo este entierro

hoy, lo recordamos como hijo o hija de Dios. En la lectura de Romanos 8 escuchamos: “El mismo espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios.

Si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, porque sufrimos con él para ser glorificados con él” (Romanos 8,16-17) __, como todos nosotros, es heredero o heredera de Dios. Él/ella heredará de Dios. ¿Qué heredará de Dios? Una vez más en nuestra lectura escuchamos, “Yo considero que los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura que se revelará en nosotros” (Romanos 8,18). Eso es lo que heredará, la gloria de la resurrección.

Ahora juzgamos todo por su valor y por lo que puede producir. A veces, podría escuchar a la gente hablar de otras personas como “útiles” o “no útiles”. Eso es la cosa más terrible, creo, que cualquiera puede decir sobre otra persona, que “no sirve para nada”. Describir a una persona así no es el camino de un seguidor de Jesús. Un seguidor de Jesús sabe que nuestro valor es que somos hijos e hijas de Dios, que heredaremos la gloria de la resurrección. No importa si somos los mejores atletas o si tenemos alguna discapacidad, si estamos criando una familia en casa o si trabajamos en una fábrica, somos hijos e hijas de Dios. Como dije, no pensamos con la suficiente frecuencia los unos de los otros como hijos de Dios.

Por el Padre Tommy Lane, S.S.I., S.T.D., reimpresso con permiso de FrTommyLane.com